



Lenguaje y Realidad en Aristóteles

La Filosofía Aristotélica del Lenguaje, por Jaime Aras San Martín, Edil, Euma, Pamplona, febrero de 1997, 292 páginas.

Por Rodrigo Frías Urrea.*

Aristóteles es, sin ninguna duda, uno de los mayores filósofos de Occidente. Discípulo de Platón y fundador de su propio centro de estudios en Liceo, ha sido con justicia caracterizado como el pensador en quien culmina la metafísica griega, cuyas prolongaciones más esenciales alcanzan hasta la filosofía de Hegel. Entrar en diálogo con Aristóteles es, en consecuencia, entrar en diálogo con la filosofía en su estructura metafísica más radical. Los "temas" de tal diálogo, con todo, pueden ser múltiples: entre ellos, la ontología y la teología, o, quizás más exactamente, la onto-teología, la ética y la política, la psicología, la poética o la lógica. En cualquier caso, siempre es valioso contar con la ayuda de un buen maestro, que le permita a uno adentrarse en las profundidades del pensar de Aristóteles del modo más provechoso posible, que es precisamente lo que sucede en el caso del filósofo chileno Jaime Aras y su notable libro *La filosofía aristotélica del lenguaje* (crupnicio en la tesis doctoral homónima que el autor presentó en Navarra en 1990).

Formalmente, el libro se divide en dos partes principales: en la primera, que lleva por título "El orden del lenguaje", el autor avanza desde la voz —phóné— como forma primaria del lenguaje animal, pasando por el dialecto —dialektos— como forma límite del lenguaje humano. De lo que se trata, en consecuencia, es de poner de manifiesto la estructura de la *sona linguae*, es la que el hombre —en tanto animal dotado de logos— ocupa el punto más alto y en cuya palabra la phóné y el dialecto son recogidos y superados: pues si el rango distintivo de estas es, dicho en términos generales, su "naturalidad" y la capacidad de expresar y comunicar sólo realidades de naturaleza sensible, lo propio de la palabra humana —el logos— es su "convencionalidad" y la capacidad de significar nociones racionales y universales de los entes. "Sin la convencionalidad, en efecto, la voz humana no sería palabra y no podría extender su significación más allá de las pasiones sensibles que le dieran nacimiento. Como ocurre con toda voz, el sonido estaría atado a contenidos meramente naturales y sensibles. Sin embargo, en virtud de su espíritu racional, el hombre conoce y da vida, por decirlo de algún modo, a cosas que trascienden el orden sensible y que, en consecuencia, la voz es incapaz de expresar... Por esta (i.e., la convencionalidad), disuélvese la atadura que unía la voz a un contenido natural y la abre —convirtiéndola en palabra— a todo lo que pueda caer bajo la acción del pensamiento, es decir, a todo lo que de un modo u otro es" (Pág. 67). De ahí que la palabra sea constituida el lenguaje de la razón en un doble sentido (tautológico).

La Filosofía Aristotélica del Lenguaje, por Jaime Aras San Martín, Edil, Euma, Pamplona, febrero de 1997, 292 páginas.

Por Rodrigo Frías Urrea.*



"Aquello que diferencia esencialmente al hombre del resto de los animales es la apertura al ser de las cosas, a través del logos, en la doble significación de palabra y pensamiento." (Figura tomada de Carlos Arango)

complementarias: por una parte, existe en virtud de la razón; por otra, existe para expresar las realidades descubiertas por la razón (i.e., las acciones universales). El paso desde la naturalidad de la phóné y el dialecto a la convencionalidad del logos —es, en consecuencia, el salto desde la esfera de lo natural a la esfera de lo simbólico, mediante el cual el hombre supera la dimensión de la mera animalidad (abierto sólo a realidades sensibles) y se abre a lo que es, en virtud de la racionalidad. La *sona linguae*, así, se corresponde con la *sona animalium* en la que, sin embargo, el hombre —en tanto animal racional— no sólo ocupa el lugar más alto sino que, en un sentido más profundo, se pone fuera de ella: "La palabra difiere de la voz y el dialecto como lo racional de lo irracional. La racionalidad no sólo inserta en la especie esencialmente diversa" (Pág. 62). Aquello que diferencia esencialmente al hombre del resto de los "animales", en consecuencia, es la apertura al ser de los entes a través del logos, en la doble significación de palabra y pensamiento. Lo que hay en la teoría aristotélica del logos, así, es una precisa articulación entre la convencionalidad y la naturalidad: pues si bien las palabras, en tanto símbolos, son "convencionales" (i.e., por tanto, no son las mismas para todos los hombres), aquello a lo que remiten las palabras (i.e., los conceptos y, a través de éstos, las mismas cosas), son "naturales" —en tanto son las mismas para todos. En consecuencia, y contraria-

mente a lo afirmado por la sofística, "el ser es la medida de lo que se dice y de lo que se piensa", de modo que "la palabra, como el pensamiento, es recta en la medida en que alcanza y muestra las cosas mismas y que, por tanto, estas constituyen el criterio último de su rectitud" (Pág. 91). O, para decirlo con palabras de Aristóteles, "el lenguaje (logos) es verdadero según sean las cosas mismas del pensamiento".

"Siempre es valioso contar con la ayuda de un buen maestro, que le permita a uno adentrarse en las profundidades del pensar de Aristóteles del modo más provechoso posible, que es precisamente lo que sucede en este caso."

Palabra: símbolo del ser y del pensar

En la Segunda Parte, el autor profundiza en lo que él llama "Los fundamentos de la palabra", avanzando desde una analítica del habla (en la que estudia los elementos de que se compone nombre y verbo) hacia una consideración de la palabra como símbolo del ser y del pensar, para terminar en la difícil cuestión —tantas veces exami-

nada por Aristóteles— de los múltiples sentidos en que se dice el ser. Esta segunda parte, en consecuencia, es una profundización de la anterior, en tanto ahora se busca dilucidar ya no sólo la estructura intencional del logos hacia la realidad (cuestión que se verifica en aquellos saberes —como las ciencias particulares— que se construyen con las herramientas de la lógica), sino aclarar cómo es posible el lenguaje de la an-

malicia, en tanto sabe que gira y se constituye en torno al término "ser". De la cuestión de la *sona linguae* (asunto de la primera parte, especialmente se pasa ahora a la de el lenguaje del ser. Dicho en otros términos, la cuestión de fondo que aquí se trata especialmente tras la crítica proveniente de la filosofía analítica en la de la legitimación del discurso metafísico que, a juicio del autor, sólo será válido "en la medida en que reconozca los distintos sentidos del ser, sin confundirlos, y exprese la relación que cada uno tiene con la naturaleza

idéntica de la substancia como principios lógico y ontológico" (Pág. 204). Todo lo cual, según lo explica el profesor Aras, lo alcanza efectivamente Aristóteles —contrariamente a lo que se ha pensado a veces— apoyándose en el concepto de analogía de proporcionalidad propia (analogía) que, respecto de la analogía de atribución (prótesis), viene a ser algo así como una sobreanalogía o analogía segunda o última, en virtud de la cual Aristóteles "avista un orden de relaciones reales y sobre éste apoya el orden de relaciones lógicas y lingüísticas, que viene a ser como una derivación del primero" (Pág. 273).

Semántica realista

De las grandes tesis defendidas en este importantísimo texto sobre la filosofía aristotélica del lenguaje, dos me parecen dignas de ser destacadas (por lo demás, íntimamente relacionadas): en primer lugar, lo que habría llamar semántica realista, según la cual el ser (ón) "es el fundamento último del lenguaje y de la comunicación entre los hombres, pues la palabra remite a las cosas y todas ellas se resuelven, en último término, en el ser, que es la razón como un todo" (Pág. 246). O, como dice más plásticamente en otra parte, "el lenguaje es un camino —no exento de desvíos— hacia el ser" (Pág. 243); y en segundo lugar, el hecho de que, en razón de la preeminencia de la *sona linguae* y su carácter comunicable y participable, en Aristóteles "la filosofía primera sigue siendo teología, conocimiento del ser primero, acto puro, en orden al cual se mueven todos los seres, y al que todos tienden a imitar" (Pág. 234). Dos tesis, en consecuencia, que ofrecen elementos claves para el tratamiento de otras cuestiones (igualmente ligadas en la filosofía de Aristóteles).

La filosofía aristotélica del lenguaje, de Jaime Aras San Martín, es, por su rigor y profundidad, un texto filosófico de primer nivel, en el que se pone de manifiesto no sólo la actualidad del pensamiento de Aristóteles (por quien el autor siente, enhorabuena, una evidente simpatía), sino también la de Tomás de Aquino, en quien se apoya el autor permanentemente y que aparece, con justicia, como el mejor intérprete del Estagirita. Claro que este texto no es, diríamos, de consumo masivo (a excepción, quizás, de la Primera Parte en realidad, está explícitamente dirigido a un público especializado, acostumbrado al modo moderno de trabajar universitario y que no duda de ser, en tanto exclusivamente erudito y filológico, un poco árido). Ello, sin embargo, no es una objeción personal contra el autor, sino más bien la simple constatación de un rango impositivo de nuestra época, a la que el filósofo universitario —como cualquier otro especialista— debe acomodarse. **[E]**

*Rodrigo Frías Urrea es profesor del Instituto de Filosofía de la Universidad Católica y de la Universidad Nacional Andrés Bello.

Lenguaje y realidad en Aristóteles [artículo] Rodrigo Frías Urrea

AUTORÍA

Frías Urrea, Rodrigo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Lenguaje y realidad en Aristóteles [artículo] Rodrigo Frías Urrea

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile